

celestial, y divina, no se registraba desde afuera en aquel corto aposentillo de su recámara! ¡Quántas veces baxaban á él Coros de Angeles, Arcángeles, Querubines, y Serafines, se oían celestiales, suavísimas, y dulcísimas músicas, y canciones! ¡Quántas veces la visitó la Magestad de su santísimo Hijo, encerrándose en aquel aposento tanta luz, y claridad, que en

su comparacion son tinieblas las luces de los Cielos! Hasta aquí Guarrico Abad. Ve tú ahora premeditando cada cosa de estas de por sí, haciéndote presente á todo, y hallarás grandes motivos de paciencia, de claridad, de humildad, de fortaleza, de pobreza, de esperanza, y amor, con que se inflamará tu alma en deseos de imitar á tu Reyna, y Señora.



TRANSITO

DE LA VIRGEN SANTISIMA.

516 **C**onsidera en el tránsito, y gloriosísima muerte de nuestra soberana Reyna, y Señora; y ante todas cosas advierte, que lo que de este punto digo, y lo mismo de su gloriosísima Asuncion, no consta del sagrado Texto, sino que lo dicen gravísimos Santos, y Autores fidedignos, como son San Dionisio Areopagita, San Juan Damasceno, Nicéforo, Simon Metafraste, Vincencio Velvacense, S. Vicente Ferrer, Cartagena, Bernardino de Bustos, y otros muchos (a). Y así has de pensar, que estando nuestra Señora tan entregada á la contempla-

cion de la Vida, Muerte, y Gloria de su santísimo Hijo, segun queda dicho en la consideracion antecedente, cada dia se le inflamaba mas el alma en una llama de amor inmenso; y de esa llama se originaban en su purísimo corazon vivísimas ansias, y deseos ardentísimos de salir de este mundo, y gozar de la presencia de su santísimo Hijo en el Reyno de su Gloria. Estas ansias arrojaban como encendidas flechas, y tiernísimos suspiros; que por instantes sonaban, y se oían en el Trono de la inefable, beatísima, y santísima Trinidad, con los cuales, movidas las

(a) D. Dion. Areop. cap. 3. de Div. Nomin. Damas. Serm. 2. de Dormit. Cartuj. tom. 3. fol. 46.

entrañas piadosísimas de su divino Hijo, queriendo dar cumplimiento á los deseos de su Madre, le envió al Arcangel S. Gabriel, que como dice S. Vicente Ferrer, fué siempre el Nuncio, y Embaxador de Dios para nuestra Reyna, y Señora. Apareciósele ese glorioso Arcangel con una palma en la mano de excesivo resplandor, y de admirable hermosura: venia lleno de tanta gloria, que puso en admiracion á la Reyna de los Angeles, y puesto en su presencia con grande reverencia, y alegría, le dixo: El Altísimo te saluda, María: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo: Dios te salve, de las criaturas la mas bendita: Dios te salve, Templo del Señor: Dios te salve, Arca de la Vida: Dios te salve, Reyna del Paraíso: la Magestad de tu Divino Hijo te espera con todas las Milicias del Cielo: oyó tus tiernos suspiros, y quiere satisfacer tus ansias amorosas, y dar cumplimiento á tus deseos: de aquí á tres dias pasarás de esta vida mortal á la eterna. Ya toda la Corte celestial se queda disponiendo para recibirte con triunfo, y magestad, suprema Reyna: recibe esta palma, que del Paraíso de Dios te traygo, como blason de las tres victorias que alcanzaste, del mundo, por el abismo profundísimo de tu humildad: del demonio, por tu altísima pobreza;

y de la carne, por el candor purísimo de tu Virginidad. Considera, que fué tanta la alegría que tuvo nuestra Señora con la nueva de su muerte, que no hay lengua que la pueda explicar. Mandó traer muchas velas, y antorchas, limpiar la casa, y adornar, y componer su aposento, y lecho, como quien esperaba las bodas, y eterno desposorio de su Alma, que en breve se habia de consumir. Mandó convocar á los parientes, amigos, y vecinos, para que se alegrasen de su alegría, y le diesen el parabien de su dicha. ¡Qué de cosas tienes, alma christiana, que pensar, y qué de provechos que sacar para tu mayor bien! Pon lo primero los ojos de tu consideracion en aquellas ansias, y abrasados deseos que tenia de verse con su santísimo Hijo; pues eran tales, que la hacian suspirar, y clamar de noche, y de dia, no obstante que tenia tan seguro el premio, la gloria, y el descanso: con quánta mas razon debemos nosotros clamar sin cesar; porque nuestros pecados son muchos, y nuestro fin incierto, y nuestra causa dudosa; y de su conclusion pende la eternidad de vida, ó de muerte.

517 **C**onsidera como á nuestra Señora le dieron tres dias de término, no para que se dispusiese, porque siempre lo estaba; sino para nuestra enseñanza, dixo

San

San Vicente Ferrer, por los quales tres dias has de entender la Confesion, la Comunión, y la Extrema Uncion; y estos Sacramentos se llaman dias, dice el Santo, porque siempre andan con la gracia. Estos son los dias que se nos dan, para que en ellos nos preparemos, y dispongamos para aquel último tránsito; y aunque la Extrema Uncion no se recibe hasta la hora última, pero la junta el Santo con las ordinarias Confesiones, y Comuniones, para que entendamos, que siempre que confesamos, y comulgamos, lo hemos de hacer con tal disposicion, como si luego hubieramos de recibir la Extrema Uncion para morir. Mira tambien la alegría que le causó á nuestra Señora la nueva de su muerte, pues la celebró con tantas demostraciones, y convoca sus parientes, y amigos para que se la ayuden á celebrar. En donde puedes pensar que les diria, llena de gozo, y alegría: Hijos, y amigos, sabed que os llamo para comunicaros mi contento, y haceros participantes del singular gozo de mi corazon: sabed que ya está mi muerte cerca: ya darán fin muy presto los dias de mi vida mortal; porque mi Hijo determina sacarme de ella, y llevarme á la eterna: dadme los parabienes de tan grande nueva, y de dicha tan feliz. Mas, ¡ó altísima Reyna, y Señora del

mundo! (puedes entender que le respondieron todos á una voz) Que os alegréis, Señora, con la nueva del morir, no lo extrañamos; porque en vuestra muerte empezareis á vivir una vida de tanta gloria, y excelencia, quanto jamás gozará pura criatura: que os alegréis con la nueva de vuestra muerte, que mas ha de ser suavísimo sueño que muerte: que os alegréis con la nueva de vuestra muerte, porque sobre toda la grandeza de vuestra santidad, de vuestras virtudes, y excelsos méritos, sobre el ser verdadera Madre de Dios, confirmada en gracia, y asegurada para inmensa gloria; oir al Nuncio del Cielo, que vuestro Hijo os espera con todas las celestiales Gerarquías, y que toda la Corte de la triunfante Jerusalem os aguarda, para recibirlos en glorioso triunfo; es justo que os alegréis con la nueva de la muerte, quando os traen por delante la palma de la victoria, y vencimiento glorioso de vuestras heroicas hazañas, es justísimo. Mas, ¡ó Madre de piedad, y misericordia! ¿Cómo se han de alegrar los desterrados hijos de Eva, que dexais en este mundo de miserias, cercados de tantos males? ¿Cómo se han de alegrar los pecadores, cuya muerte es amarga, cuya cuenta es estrecha, cuyo juicio es tremendo, y formidable, cuyo fin es incier-

to,

to, sin saber lo que entonces les espera? ¿Cómo se han de alegrar aquellos, que atendiendo á su vida, no hallan otra cosa que pecados: que mirando á la muerte, solo atienden angustias; y considerando el juicio, solo encuentran temores? ¿Cómo se han de alegrar sin Vos, viendo que os vais, siendo toda la esperanza de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el auxilio de los Christianos, y el refugio universal de todos? Estas razones, y otras muchas puedes considerar que le dirian todos á María Santísima, derramando muchas lágrimas de sentimiento: que la Madre de las misericordias los consolara, prometiéndoles su amparo, y proteccion en vida, y en muerte. Ea, Christiano, clama tú tambien á esta Señora, ponla por delante las miserias de tu vida, y los tormentos de tu muerte; y clama sin cesar, que tambien serás oído, amparado, y favorecido de su misericordia.

518 Considera como nuestra Señora, despidiéndolos á todos con sumo amor, y cariño, los cita para el tercero dia, y entonces, acompañada de algunas Virgenes, que habia criado, y enseñado para Dios, salió del Cenáculo, y se fué al monte Olivete, para hacer oracion en donde la habia hecho su santísimo Hijo antes de morir, y empezó su ora-

cion de esta manera: Altísimo Señor, y Dios mio, nunca Yo fuera digna de recibirlos en mis entrañas, si la grandeza infinita de vuestra misericordia, acordándose de mi pequeñez, no me hubiera hecho vuestra Madre. ¡Mas ay, Señor, y Padre celestial! Guardé vuestro tesoro, y el depósito que habeis puesto en mí, y ahora soy llamada á la muerte. Por tanto (¡ó Rey de inmensa Gloria!) os ruego, altísimo Señor, y Dios mio, por toda la Militante Iglesia, y por todos los hijos de ella, que los asistais con los auxilios de vuestra gracia; y á los Apóstoles, y Discípulos de mi Señor Jesu-Christo, que los traiga vuestra divina virtud á mi presencia antes de morir. Vuestro altísimo beneplácito se cumpla, Señor Dios mio, siempre bendito, y glorioso, en los infinitos siglos. Hecha esta oracion, se volvió nuestra Señora al Cenáculo; y este mismo dia, que era Domingo, estando San Juan Evangelista en Efeso predicando, como á la hora de tercia, hubo de repente un terremoto grande, y apareció una nube, y lo cogió de en medio de todos, y lo llevó á la puerta del Cenáculo, en donde estaba nuestra Señora. Entró, y postrado delante de su Magestad, la saludó con profundísima reverencia. Se alegró grandemente la sacratísima Reyna

con

con la venida del Santo Apostol, y le dixo: Hijo Juan, acuérdate de lo que te dixo mi Hijo, y tu Maestro, estando pendiente de la Cruz: sabe que dentro de tres dias ha de salir mi alma de este mundo, que así me lo ha revelado mi precioso Hijo; y así cuida de mí, como te lo encargó tu Maestro. Dicho esto, entró nuestra Señora en su retrete, y le mostró á S. Juan la vestidura en que se había de amortajar su sacratísimo cuerpo, y asimismo la palma, ordenándole, que la llevasen delante de su féretro quando la llevasen al sepulcro. Oidas estas razones, fué muy grande el sentimiento del sagrado Apostol, y despues de haber derramado muchas lágrimas de sentimiento, en todo se conformó con la divina voluntad; que los que aman á Dios, no quieren otra cosa, que lo que Dios quiere. En esto iban llegando, ó ya por ministerio de los Angeles, ó de una nube, los sagrados Apóstoles, que quando se vieron juntos á la puerta del Cenáculo, fué grande la admiracion que les causó, ignorando la causa. ¿Qué es esto? se preguntaban: ¿Qué fin tendrá el Señor de habernos traído aquí? Levantóse una piadosa contienda entre aquel humilde, y santo Rebaño, sobre quién había de ser el primero que hiciese oracion, para que el Señor les

descubriese el fin de haberlos traído por milagro de tan lexas tierras, donde estaban en el misterio de la predicacion. Mientras mas justo fueres, mas humilde serás; y mientras mas humilde, mas santo. En esto estaban, quando llegó San Juan á llamarlos de parte de nuestra Señora: entraron todos á su presencia, y la saludaron con profunda reverencia; y la soberana Reyna les dixo: La paz del Señor sea con vosotros, hermanos, y escogidos de Dios: Sabed, que el Señor os ha traído á Jerusalem, para que me asistais en la última hora de mi vida, por quanto ya insta mi muerte; y así os ruego, que todos unánimes, y conformes perseveréis en oracion, y divinas alabanzas, hasta que se llegue la hora de mi tránsito. Mira cómo obedecieron al mandato de nuestra Señora, y considera quán fervorosa sería esta oracion. Llega esta á la tuya, para que sea oída, y admitida en el divino acatamiento.

519 Considera cada cosa de estas en particular, para que de todas saques provecho para tu alma. Mira lo primero, que nuestra Señora, sabida la hora de su dichosa muerte, se fué á orar al monte Olivete, para imitar en todo á su Divino Hijo, y para armarse con la consideracion de las agonías del Señor, de su prision,

sion, pasion, y muerte, para darnos exemplo de como hemos de entrar en la última batalla, cómo nos habemos de preparar para aquella hora, para nosotros tanto mas temerosa, quanto mas descuidada nuestra vida. Piensa lo segundo, como hace oracion nuestra Reyna, y Señora, para que el Señor la traiga los Apóstoles, que la asistan, y hagan oracion con su Magestad, á imitacion de su Divino Hijo, que quando quiso morir, los tuvo consigo, y les mandó que velasen, y orasen con su Divina Magestad, y le acompañasen en sus agonías. Pondera aquí quán terrible trance es aquel, pues hasta el mismo Señor, y su santísima Madre se previenen de compañía para entrar en él; ¿qué hará allí una alma sola, y pecadora? Prevengámonos con tiempo, y solicitemos la asistencia de los Santos, y de la Santa de los Santos, para que hagan oracion por nosotros en aquel peligro, porque si se yerra, será eterno el yerro; y si se acierta, será sin fin el descanso. ¡O dichosa, y mil veces dichosa el alma, que consiguiere para entonces la asistencia, é intercesion de María santísima! Solicitémosla desde ahora con cuidado, y desvelo para tenerla de nuestra parte entonces. Mira otrosí la prevencion de la Reyna de los Angeles para su muerte, que se reduce á

una mortaja, y una palma, que quiere vaya delante de su entierro. Otra cosa no se hallaba en aquella santa recámara, sino mortaja y palma de victoria. Y ahora has de atender á las vanidades del mundo, á las camas muy ricas, á los tapices, colgaduras, alfombras, escritorios, espejos, y alhajas exquisitas, y curiosas; y sabe, que otra cosa no has menester para la muerte sino una mortaja, y con ella la palma de las victorias; porque está escrito que no se coronará sino el que legítimamente pelear, y venciere. Esta palma has de procurar ganarla de antemano, para que vaya por delante; porque si aguardas á conseguirla en la muerte, ya sabes que quien sano no pelea, ni vence, menos peleará quando estuviere enfermo, y vencido.

520 Considera con los Santos referidos, como los sagrados Apóstoles se pusieron en oracion; y la oracion, dice San Vicente Ferrer, que era el Salterio, el qual repetian, y rezaban muchas veces todos aquellos tres dias. La santísima Reyna tambien oraba, y su oracion era en esta forma: Señor Dios mio, bendito sea el santo nombre de tu gloria, alabado, y glorificado en los siglos, pues te dignaste escogermé, humilde Esclava tuya, y encomendarme el secreto de tu altísimo

Misterio. ¡O eterno Rey de Gloria! Vos sabeis, Señor mio, que con todo mi corazón os amo, y que con todo cuidado guardé el Tesoro que habeis depositado en mí. Ya vengo á Vos, Dios mio, recibid á vuestra Esclava, y no tarde, Señor, esta hora para mí tan deseada. Con estos afectos, y encendidos deseos de unirse para siempre con su Amado, oraba la santísima Virgen. Así se le pasaron los dos primeros dias, hasta que llegando el tercero, y creciendo en la sacrosanta Virgen mas, y mas las ansias, y llamas de encendido amor, sería como la hora de Tercia quando se empezaron á oír músicas de Angeles suavísimas, y dulcísimas canciones de melodía, y suavidad soberana. Sintióse tanta fragancia, y olor, que inefablemente confortaba, y recreaba los ánimos de los Apóstoles, de las Vírgenes, y de los que allí se hallaban. Llenóse de tanta luz, claridad, y blancura entre candores celestiales de tanta hermosura, que ninguno de los mortales puede explicar: y en esto baxó Christo nuestro Señor personalmente (dice San Vicente Ferrer), acompañado de innumerables Angeles, y Bienaventurados; y entrando al retrete, donde María santísima estaba reclinada en su pobre lecho, la dixo estas palabras: Venid, escogida mia,

Paloma mia, Amiga mia, Margarita preciosísima, venid, y entraremos en el Tabernáculo de la Vida eterna. Fué tanta la dulzura, y suavidad de estas palabras, tanta la gloria con que el Señor se mostró á su Madre, tanta la hermosura, y tan viva la llama de amor que se encendió en el alma, y corazón de nuestra Reyna soberana, que abrió puerta á la muerte, y camino á la eternidad de la Gloria. Procura hallarte á esta dichosa muerte con la consideración; que sin duda, demas de la dulzura que experimentarás tu espíritu, aprenderás á morir bien, que es la felicidad mayor que hay en esta vida, y principio de la que siempre durará.

521 Considera como á este tierno, y amoroso trance estaban todos los sagrados Apóstoles, y otros muchos Discípulos del Señor, cercanos á la amorosísima Virgen María; y aunque no falta quien diga, que no hubo allí lágrimas, porque la muerte de la Virgen era ir á las bodas eternas, á gustos, á regalos, y á eterno descanso, y que solo hubo himnos de alabanza, y de gloria; no obstante has de considerar, que no pudo faltar el sentimiento natural de ver que se les iba su Madre, su Señora, su consuelo, y todo su amparo. Bien sabian que caminaba al Cielo, al mas supremo

mo lugar sobre las puras criaturas; pero considerábanse tristes, y solos sin su apacible comunicación, y dulce compañía. En medio de estas consideraciones has de pensar, que los corazones de los Apóstoles salian por los ojos deshechos en lágrimas. Lloraban de contento de verla partir con tanta gloria; y á ese mismo tiempo sentian su ausencia, porque habian experimentado la dulzura de su trato. Enternecíanse de ver una muerte tan dulce, tan sosegada, tan quieta, tan santa, tan devota, tan celestial, tan prodigiosa, y tan divina; y tenian una envidia santa de tan soberana felicidad, y de tan dichoso, y bienaventurado fin. Por otra parte quién duda que dirian: ¿Quién nos resolverá nuestras dudas, faltándonos María? ¿Quién nos dará aliento en nuestras tribulaciones, y trabajos? ¿Quién nos dará tan saludables consejos, como de su bendita boca oímos? ¡O qué lágrimas tan dulces! ¡O qué sentimientos tan regalados, dulces, y en extremo sabrosos! Cada uno llegaría, puesto de rodillas, á pedirle su ayuda, y favor, suplicándola le diese su santa bendición. No nos olvideis, Madre, y Señora: acordaos de nosotros, Emperatriz soberana, que desterrados, y huérfanos, quedamos en este miserable valle de miserias. Tú, Christiano,

que vas considerando la dulzura, y suavidad de este tránsito, atiende á que la Virgen, llena de piedad, y blandura, les respondería á todos: Hijos míos, no desmayeis: perseverad con valor, y fortaleza en el camino comenzado: tratad con pureza la predicación del Evangelio de mi Hijo, y no desistais del bien de la conversión de las almas, que Yo no os faltaré, porque en mi corazón os llevo escritos, y estampados. La bendición, hijos míos, de la suma bondad del Eterno Padre, y de mi amado Hijo, y de mi dulce Esposo el Espíritu Santo, y mia, quede con vosotros. Amen. ¡O qué lágrimas! ¡O qué sollozos! ¡O qué suspiros habría en aquella santa compañía! Llega tú tambien, alma mia, á pedir mercedes, que como Madre tan piadosa, y benignísima, no saldrás vacía de favores.

522 Considera con el Señor San Vicente Ferrer, como los Santos Apóstoles en medio de tantos, y tan dulces afectos, no dexaban incesantemente de orar, y repetir muchas veces el Salterio; y esto lo hicieron, dice el Santo, no porque nuestra Señora tenía necesidad de su ayuda, ni de sus oraciones, porque su Magestad la hacia mas eficaz por todos; sino para nuestra enseñanza, para que en aquella hora apartemos de nosotros todos los

cuidados del mundo, de parientes, mugeres, hijos, y amigos; porque con sus lágrimas, y sentimientos entibian el ánimo del moribundo, y solo se deben traer entonces personas religiosas, y virtuosas, que rezen las divinas alabanzas, y digan algunos pasos de la Pasion del Señor, que con esto se esfuerza el enfermo, y se acuerda de la sangre de Jesu-Christo derramada por él, se alienta á la esperanza, y excítase al agradecimiento, y amor. Y lo que yo sé decir es, que debias ordenar, que en contorno de tu cama se estuviesen rezando el Salterio de la Ley de Gracia; esto es, el santísimo Rosario de María santísima, meditando los Misterios sagrados. ¡O qué consuelo, y ayuda tan grande para el enfermo!; Dichoso el que muriere entre semejantes coros, y alabanzas, en donde se está invocando el auxilio de la Reyna de los Angeles, y se están refriendo los misterios de nuestra redencion, poniéndoselos por delante al Señor, para que se mueva á piedad, y misericordia!; O si quando vamos á ver los enfermos, halláramos al rededor de su cama muchos pobres, que se exercitasen solo en esto, y que por ello se les repartiéra buena limosna, que con eso concurrir-

(a) Cantic. 8. 6.

ran muchos, y así murieran los pecadores entre coros de alabanzas, y no entre suspiros, y gemidos impertinentes de hijos, y familia; que quizás muchos lloran violentos, y otros por particulares intereses! No seas tú de estos, devoto de la Virgen; llama pobres que te cerquen, rezando siempre á coros el santísimo Rosario: ten con ellos un Sacerdote, que vaya explicando los soberanos misterios, que contiene. Esto has de procurar oír en aquella hora, que así tendrás presentes los beneficios, que por tí hizo tu Redentor, para que así te alientes á confiar en un Dios, que te ama con infinito amor.

523 Considera ahora en la dulcísima, y santísima muerte de tu Reyna, y Señora, que fué á la medida de su vida purísima. Habiéndola convidado su santísimo Hijo con aquellas tan amorosas, y dulces palabras, fué tanta la llama, y tanta la fuerza del amor, que arrebatada aquella alma santísima en la contemplacion de la bondad, y hermosura del Señor, desamparó el cuerpo, y como rayo encendido, se fué á su centro, que es el corazón de Dios, verificándose aquí real, y verdaderamente lo que dixo el Espíritu Santo en los Cantares (a), que era fuerte el amor,

co-

como la muerte. Mira aquí lo primero, como así que la soberana Virgen rindió el alma en manos de Jesu-Christo, ¡quál sería la priesa, el fervor, y devocion de aquella santa compañía! Llegaban los sagrados Apóstoles, y llenos de lágrimas de devocion, y ternura, besaban aquellos sagrados pies, que siempre fueron encaminados á hacer de Dios la voluntad, y á mirar el provecho, y bien de los mortales: otros á besar, y poner sobre sus ojos aquella ropa santa; y los que mas no podian, postrados besaban el suelo que pisó la soberana Virgen. ¡O qué muerte tan dichosa! Muerte sin enfermedad, sin congojas, y sin dolor; porque, como dice San Juan Damasceno (a), ninguna pura criatura estuvo tan bien dispuesta para morir. La vida le era penitencia penosa, y el morir ganancia. Deseaba salir de la carcel del cuerpo, y verse libre en los brazos de su Hijo, y Esposo; y este deseo, y el amor que á Dios tenia, le quitó la vida. Murió de amores de Dios, como dice San Alberto Magno (b), sin otra enfermedad, ni achaque alguno. Fué muerte en todo dichosa; porque fué sin tentaciones, ni visiones de espíritu de tinieblas, pri-

vilegio á pocos, ó á ninguno de los Santos concedido; porque si Christo permitió al demonio que se hallase presente á su muerte, y estuviese en un brazo de la Cruz, como dice el Máximo de los Doctores San Gerónimo, hasta que espiró; no era mucho que los Santos padecieran este trabajo, como se lee que le padecieron San Martín, y San Bernardo; mas la soberana Virgen fué privilegiada en esto, dice San Lorenzo Justiniano (c); porque no habiendo consentido Dios, que el demonio se le atreviese en la vida, tampoco habia de permitir que se atreviera en la muerte, mayormente estando su cama rodeada de los sagrados Apóstoles, de Angeles, y del mismo Hijo de Dios, y suyo. Aquí tienes, Christiano, buen dechado para aprender á morir bien: lleva los trabajos de la vida con paciencia, y morirás con alegría; porque si vivieres como la tórtola, é imitares esta cándida paloma en lo posible, gimiendo en este valle de miserias, vendrás á morir como el cisne cantando. Los temores de la muerte nacen de la mala vida: procura tenerla buena, y hacer penitencia de la mala, y así no tendrás por qué temer. Procura tener, para aquel

Mm 3 pun-

(a) Damasc. orat. 2. de Dor. Vir. (b) D. Albert. Magn. in Moral. (c) Sanct. Laur. serm. de Assumpt.